

talmente por la mala distribución de la riqueza, hicieron crisis, y en los que adquirieron forma algunos de los elementos del capitalismo moderno que el Porfiriato convertiría en realidad. Fue, en fin, en estos años, cuando tuvieron lugar la gigantesca intriga de la Intervención Francesa, la resistencia armada que condujo a las armas nacionales a sitiar a Querétaro, la firme y heroica peregrinación de Juárez con la República a cuestas y la aplastante derrota del Imperio, con la sentencia de muerte de su representante y su fusilamiento en el cerro de las Campanas.

En suma, México emergió del decenio 1857-1867 con la fachada de un país liberal, democrático, republicano y federalista, con una economía orientada al capitalismo, y como parte del área de influencia de los Estados Unidos. Esto último se debió a que, al apoyar la causa de la República de Juárez, Washington logró que, a partir de entonces, las grandes potencias europeas identificasen la Doctrina Monroe como una pieza clave de su política exterior, y los países latinoamericanos se quedasen solos, pues ya no contaban con nadie que los ayudara a enfrentar las presiones del coloso norteamericano.

Vale terminar esta breve reseña con una triple invitación al Fondo de Cultura Económica y al Instituto Cultural Helénico. Primero, la de que no cesen en su propósito de ampliar la colección que forman los "Clásicos de la historia de México". Segundo, que den más peso a la que Galindo llama "la gran década nacional". Tercero, que incluyan los testimonios de los extranjeros que lucharon a favor o en contra de México (franceses, austriacos, belgas, norteamericanos, etc.), y que den espacio a los historiadores conservadores. Los materiales no mexicanos serían de considerable utilidad para recrear el tiempo de la Reforma, la Intervención y el Imperio. En cuanto a los conservadores, es claro que la versión liberal y la versión conservadora constituyen las dos caras de la historia del México decimonónico. Una y otra se necesitan, una y otra se complementan. Reconocer la existencia de los vencidos, darles el lugar que les corresponde como "Clásicos de la Historia de México", coadyuvará a la comprensión cabal del pasado mexicano, y a que se siga haciendo verdadera historia.

C. B. Macpherson, *La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza Editorial, 1982 (El Libro de Bolsillo). 1ª reimpresión, 1987.

Dení Trejo Barajas

Uno de los aspectos fundamentales que atañe al liberalismo es el de la democracia, aunque no siempre han ido paralelos ni han sido coincidentes. Actualmente, la polémica en torno a la democracia en los países de América Latina hace necesaria una revisión de las posturas liberales clásicas en relación a ella y de las posibilidades concretas de existencia que ha tenido tanto en los países capitalistas altamente desarrollados, como en el conflictivo devenir de los países que accedieron al capitalismo con desventaja y sin haber alcanzado estructuralmente a tiempo esa posibilidad.

El libro de Macpherson, *La democracia liberal y su época* nos acerca, desde la visión del mundo capitalista desarrollado, a un análisis de la esencia de la democracia liberal desde sus primeros planteamientos en el siglo XIX hasta cómo se concibe hoy y cómo se podría concebir. Esta última perspectiva del texto de Macpherson, si bien no coincidimos con

su hipótesis sustentadora, nos abre caminos para polemizar en torno a las posibilidades de la democracia en la actualidad.

Sin dejar de lado esta perspectiva polémica y actual del texto de Macpherson, resulta en verdad interesante su revisión de lo que él llama los modelos de la democracia liberal. Revisión que hace con el objeto de aclarar "la realidad que subyace en las relaciones humanas actuales o históricas" y, lo que es más importante, para plantear "la posibilidad de que cambien esas relaciones".

Dentro de esta línea de análisis de la democracia liberal, resulta indispensable para el autor abordar el aspecto ético, lo cual implica considerar cómo concibe cada modelo a los seres humanos que lo van a hacer viable, y por tanto a entender finalmente, cómo se ven a sí mismos los hombres participantes de cada modelo de democracia "y qué proponen como lo deseable, lo bueno o lo correcto".

El estudio de los modelos de la democracia liberal descarta aquellas propuestas democráticas anteriores al siglo XIX a las cuales el autor define como precursoras de la democracia liberal. De esta manera, la democracia griega, las propuestas igualitaristas de algunos luchadores campesinos de la Edad Media como Winstanley, las utopías renacentistas y hasta los planteamientos democráticos de Rousseau y Jefferson quedan fuera de lo que el autor define como democracia liberal.

Todas estas experiencias y propuestas se habían planteado para una sociedad sin clases o para una sociedad de una sola clase (la república de propietarios) mientras que los planteamientos del siglo XIX en adelante, y ahí está la ruptura, conciben la democracia "como un plan de gobierno democrático adaptado a una sociedad dividida en clases" es decir, "la sociedad liberal, capitalista de mercado".

Antes de pasar a reseñar la concepción que de cada uno de los modelos de la democracia liberal tiene Macpherson, es de señalar cómo ha definido a la democracia y al liberalismo, dado que ahí está la razón y sustento de la hipótesis del libro.

Dos son los elementos que están presentes en la definición del liberalismo:

- 1) Su origen y desarrollo en la sociedad capitalista de mercado.
- 2) La posibilidad que brinda, utilizando la libertad, de desarrollar la personalidad y las capacidades humanas.

En el caso de la democracia, nuestro autor considera que existe una concepción restringida y una laxa.

La primera, reduce la democracia a un mecanismo político que permite la elección de gobiernos, la promulgación de leyes y la tarea de decisiones políticas.

La segunda, la entiende "como una calidad que impregna toda la vida y todo el funcionamiento de una comunidad nacional o más pequeña..."

Ahora bien (y ahí va la hipótesis del autor), ¿si la democracia liberal surge en un sistema de mercado, es necesario suponer que su existencia está limitada a él?, ¿o es posible pensar en una democracia liberal, en un mundo donde el sistema capitalista de mercado no exista?

Me parece que aquí está el aspecto problemático y polémico del texto. Para Macpherson sólo las sociedades avanzadas pueden llegar a la propuesta de la democracia participativa porque ya no necesitan el sistema de mercado. Cuestión para nosotros incongruente dado que esas sociedades siguen y seguirán funcionando con él, aunque en efecto, el alto nivel de vida de esos países permitió una ampliación de

los beneficios, lo cual hace creer a nuestro autor en la posibilidad de omitir el mercado. Por supuesto, como colofón, el autor elimina la posibilidad de que cualquier otro caso que no haya llegado a ese grado de desarrollo pueda acceder a la democracia: "Pero si se niega ésta (su hipótesis), entonces no parece existir ninguna posibilidad de ningún modelo nuevo de sociedad democrática..."

¿No tendremos entonces los latinoamericanos posibilidades de acceder a la democracia, concebida en términos amplios, puesto que no hemos llegado a la sociedad de la abundancia?

En fin, dejemos de momento la polémica para continuar con la reseña del texto, lo cual nos aclarará su propuesta final.

Macpherson plantea que han existido tres modelos sucesivos de democracia liberal: 1) la democracia como protección; 2) la democracia como desarrollo; 3) la democracia como equilibrio. Y expone finalmente las posibilidades de un cuarto modelo, el de la democracia como participación.

El primer modelo, el de la democracia como protección, está sustentado en las propuestas teórico-políticas de Jeremy Bentham y James Mill.

Partiendo, por supuesto, de la economía de mercado y formulando como criterio fundamental el utilitarismo para el logro de la felicidad individual, estos teóricos, revela Macpherson, llegaron a plantear la necesidad del sufragio universal, como un medio de proteger al individuo de la rapacidad del Estado, "mal necesario" que veían como la única forma de proteger a la sociedad de mercado libre. Dada la naturaleza humana, todo gobierno tendería al logro de sus propios intereses y por lo tanto, a afectar los de los individuos, de ahí la necesidad de limitar a ese Estado mediante el sufragio libre del pueblo.

Su propuesta, dice Macpherson, era democrática a la fuerza y por eso está cargada de ambigüedades, y no necesariamente compenetrada de un espíritu de igualdad. Este modelo no tuvo mucho éxito en su momento pues las disposiciones sobre el sufragio universal fueron mucho más tardías.

La democracia como desarrollo fue una propuesta elaborada en dos fases, según Macpherson; la primera, planteada a mediados del siglo XIX por John Stuart Mill, y la segunda que dominó el concepto angloamericano de democracia hasta mediados del siglo XX.

El planteamiento de Mill surgió de una ruptura con el modelo anterior al considerar la democracia en términos más amplios, referidos a la humanidad y a su posibilidad de mejorar como un todo, sólo que este concepto se enfrentaba con la realidad de las desigualdades económicas y sociales del sistema. Mill criticaba y veía como injustas estas relaciones y pensaba que eran superables a través de la democracia y el cooperativismo. Lo paradójico de la propuesta de Mill es que termina reduciendo más la participación ciudadana porque para él, el voto de la clase mayoritaria (los trabajadores), implicaría un gobierno de clase, y siendo esta clase la más pobre intelectual y moralmente, no podría impulsar la mejora de la humanidad. En su propuesta concreta, todos los ciudadanos deberían tener un voto, pero algunos tendrían más de uno, en función de sus aptitudes morales, intelectuales y de gobierno. Esta misma idea de la necesidad del conocimiento y la especialización lo llevó también a recomendar se limitaran las prerrogativas del parlamento.

Lo cierto es que los temores de Mill respecto a un gobierno de clase, de los obreros eran injustificados en esos momentos pues como ya lo

habían previsto Bentham y James Mill, se encontrarían los medios para hacer que siguieran las propuestas de la clase media. Los partidos políticos fueron el medio adecuado para diluir las diferencias de clase. El temor a la organización y participación de los trabajadores disminuyó, el sufragio universal ganaba la partida y a la vez se mantenía la concepción idealista de la democracia como posibilidad de desarrollo para toda la humanidad.

De esta manera, los continuadores en el siglo XX de este modelo (Baker, Lindsay, Maclver, Dewey, Hobhouse), mantienen la propuesta del desarrollo individual para todos sin cuestionar el voto universal, pero cayendo en un mayor idealismo que Mill al considerar que el proceso político democrático por sí solo va a superar la división de clases y la explotación. De hecho, llegan a olvidarse de este aspecto al hacer actuante al Estado regulador y de bienestar, al cuestionar el individualismo y poner el acento en la responsabilidad social (Dewey) o en la cooperación voluntaria (Baker), etcétera.

Continúa Macpherson diciendo que seguían aferrados al ideal democrático cuando el sistema económico que les parecía bueno implicaba un desarrollo estricto del interés egoísta. Las fuerzas del mercado fueron las que de alguna manera llevaron al fracaso su idealismo.

El tercer modelo de democracia planteado por nuestro autor, el de la democracia como equilibrio, surgió a mediados del siglo XX para sustituir al idealismo del modelo anterior, cuya importancia ética se pierde por completo, a la vez que el planteamiento de la nueva protesta se hace más realista.

Este modelo concibe una sociedad plural y por lo tanto la democracia debe adecuarse a este aspecto. Asigna un papel fundamental a los grupos dirigentes que participarán en el proceso político, por lo cual esta propuesta es de carácter elitista; finalmente, dice Macpherson es un modelo de equilibrio porque "mantiene el equilibrio entre la oferta y la demanda de mercaderías políticas".

Las primeras formulaciones sistemáticas fueron hechas por Joseph Schumpeter quien traspone los supuestos de la teoría económica liberal al proceso político. Reduce categóricamente la democracia a un estricto mecanismo para "elegir y autorizar gobiernos" y cómo éstos se eligen por medio de una lucha competitiva entre las elites por el voto del pueblo. La democracia termina siendo un mecanismo de mercado en el que el hombre político es un consumidor de mercancías políticas, de las que los partidos empresariales ofrecen variedad a la elección de los votantes, produciendo un gobierno estable.

Descrito en términos generales este modelo, Macpherson pasa a cuestionar sus fundamentos con el objeto de dilucidar sus límites y pasar a lo que sería su propuesta de democracia.

Primeramente señala que esta propuesta no es precisamente democrática, que el equilibrio que propone está basado en la desigualdad y que la supuesta soberanía del consumidor de mercaderías políticas es una ilusión.

La desigualdad se evidencia al referirla a la demanda efectiva pues la concretan sólo aquellos consumidores con capacidad adquisitiva suficiente. La apatía, sólo es expresión de la desigualdad.

Por otra parte, el mercado político competitivo no es tal porque en la realidad predominan los oligopolios (partidos de elite) que imponen a los consumidores precios y mercancías, de tal manera que ellos mismos crean e imponen la demanda. Sin embargo, dice Macpherson, este mo-

delo de democracia es más realista que los anteriores porque se basa en la visión que la gente tiene de sí misma como consumidora y sin pretensiones de eliminar las desigualdades sociales y económicas.

Así pues, este modelo de democracia resulta sumamente limitado en cuanto a la participación ciudadana, aunque se lo presenta como la mejor opción frente a la perspectiva totalitaria de otros Estados. Y esta situación cada vez menos democrática es necesaria, según los sustentadores del modelo, por el peligro que enfrenta el sistema con las crisis económicas, cuestión que sólo la elite de expertos puede resolver.

El último modelo planteado por Macpherson es el de la democracia como participación, surgido en los movimientos estudiantiles de los 60 y difundido más tarde entre la clase obrera y otros sectores populares. El problema reside, dice nuestro autor, en cómo podría funcionar una democracia de este tipo en sociedades de 20 millones de habitantes o más. Revisada la posibilidad de la participación directa a través de las tecnologías modernas de computación, llega a la conclusión de que es irresoluble desde el punto de vista mecánico y cuantitativo y que hay que volver al punto de los cambios de la sociedad y de la conciencia que tiene la gente de sí misma. Adquiere importancia entonces, no el cómo funcionaría, sino el cómo llegar a ella.

Dos son los requisitos previos para llegar a ella:

1) Que la conciencia de la gente pase de verse y actuar como consumidora, a ser personas que ejerciten sus propias capacidades y gocen con su realización (esto implicaría el desarrollo de un sentimiento de comunidad que los anteriores modelos no favorecían).

2) Que la desigualdad social y económica actual se reduzca.

¿Pero cómo salir del círculo vicioso de que para llegar a la democracia haya que lograr estos requisitos, siendo que para satisfacerlos necesita aumentar la participación democrática?

Según Macpherson, ni Marx con su planteamiento: desarrollo capitalista, agudización de contradicciones sociales, de la conciencia de la clase obrera, acción política, intensificación de la conciencia, conciencia revolucionaria, toma revolucionaria del poder, dictadura de proletariado, destrucción de desigualdades sociales y económicas; ni el planteamiento de J. S. Mill: generalización del sufragio, participación política generalizada, más capacidad de la gente para actuar, cambio de conciencia, más el cambio de la relación patrón trabajador por la acción de las cooperativas, reducción de desigualdad, lograrán romper el círculo vicioso de las sociedades occidentales prósperas actuales.

Partiendo de las condiciones existentes –sociedad de abundancia, ciudadano consumidor, calculador de costos-beneficios, apático políticamente– el autor llega a la conclusión de que puede haber fallas en el sistema que posiblemente logren romper el círculo y abran el camino hacia la democracia participativa. El surgimiento de una conciencia sobre los costos en términos de la calidad de vida (contaminación de aire, agua, tierra); sobre los costos de la apatía política (concentración del poder empresarial); y la duda sobre la capacidad de capitalismo para satisfacer las expectativas de los consumidores, dado que el capitalismo reduce la desigualdad y la conciencia de consumo de manera contradictoria, son algunos de los factores que han surgido de las fallas del propio sistema.

A esto se aúna el hecho de que a partir de la década de los 70 el capitalismo ha experimentado crisis cada vez más difíciles y las soluciones keynesianas ya no están tan cercanas; por lo tanto, la participación de la clase obrera y otros sectores se ha acrecentado.

Así pues, nos dice el autor, a pesar del poder de las fuerzas que podrían oponerse a lo anterior, el camino hacia la democracia no es del todo sombrío.

El libro termina analizando los modelos posibles de democracia participativa: el de estructura piramidal por consejos (democracia directa en la base y democracia delegada en los demás niveles) al cual le halla varias limitaciones para imponerse en la sociedad occidental; y el modelo que combina la estructura piramidal de consejos con un sistema de partidos competitivos que podrían funcionar en una estructura parlamentaria o de congreso, propuesta que le parece más de acuerdo con la situación de estos países.

Finalmente, queda el cuestionamiento del investigador de si a este tipo de democracia se le puede seguir considerando liberal. El responde que sí, puesto que sigue sosteniendo el principio ético de la igualdad del derecho de todos los hombres y todas las mujeres al pleno desarrollo y uso de sus capacidades, aunque para su existencia sea indispensable abandonar los supuestos del mercado y la imagen del hombre como consumidor.

En fin, el texto abre una polémica que resurge a cada momento en nuestros países, y aunque el autor está refiriéndose a sociedades capitalistas desarrolladas, no deja de inducir su discurso a cuestionar la validez del liberalismo y la perspectiva de la democracia en la actualidad.